

Federico
García Lorca





Federico
García Lorca

Albert Bensoussan

Traducción de Josefina Delgado



Bensoussan, Albert

Federico García Lorca / Albert Bensoussan. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.
416 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Josefina Delgado.
ISBN 978-950-02-9985-5

1. Biografía. 2. Escritor. I. Delgado, Josefina, trad. II. Título.
CDD 920

Federico García Lorca

Título original: *Federico García Lorca*

Autor: Albert Bensoussan

© Editions Gallimard 2010

Traductora: Josefina Delgado

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina y los Estados Unidos.
Prohibida la venta en España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

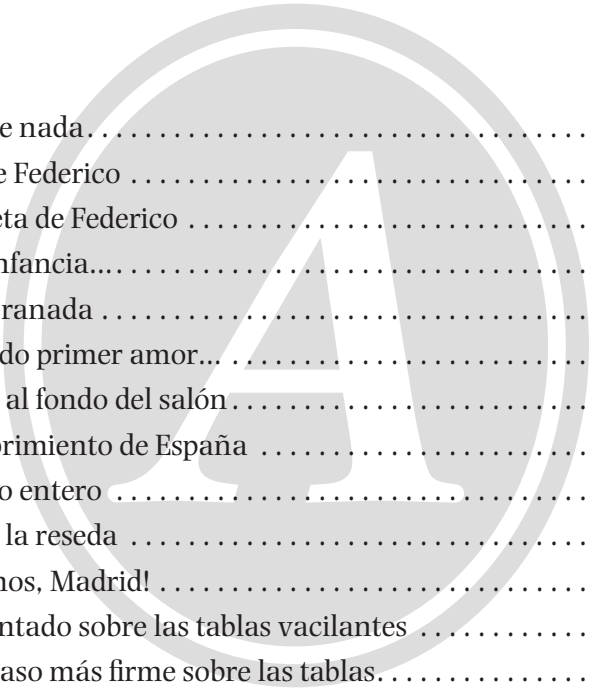
1ª edición: noviembre de 2017

ISBN 978-950-02-9985-5

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice



Antes que nada	11
Hablar de Federico	15
Una silueta de Federico	21
Si no la infancia.....	25
Subir a Granada	51
Ese querido primer amor.....	63
El rincón al fondo del salón	73
El descubrimiento de España	81
De cuerpo entero	91
La rosa y la reseda	95
¡Allá vamos, Madrid!	103
El pie plantado sobre las tablas vacilantes	111
Con un paso más firme sobre las tablas.	119
El amor brujo	129
El poema de Andalucía	139
Mi amor, mi hermana	153
Frente al toro.	161
El amante del corazón: Salvador Dalí	171
Federico descubre el cine.	179
A la conquista de Cataluña.	187
El beso que mata	193

“¡Oh Salvador Dalí, de voz aceitunada!”	199
Ese perro andaluz	209
La ferviente búsqueda del Otro	219
La amistad con los Morla Lynch	231
El descubrimiento de América	239
La América profunda y el balance de una aventura	251
Celebración de Walt Whitman	257
La habanera de Federico	261
Pero ¿qué es el <i>duende</i> ?	279
La zapatera prodigiosa y el amor de don Perlimplín	285
Federico rompe la barraca	289
La trilogía andaluza: <i>Bodas de sangre</i>	305
Intermedio entre dos éxitos	317
Finalmente, la Argentina	325
El caleidoscopio de Federico	335
Yerma o la esterilidad	353
Buscando a la mujer	363
Las últimas luces de las candilejas: Rosita la solitaria, la deshojada	371
Morir o no morir en Madrid	381
La mujer encerrada	389
El poeta asesinado	395
Me llamo Federico García Lorca	405
Cronología	411

*A Matilde Tubau, con la que me casé después
de que me recitara el Romancero gitano*



A



Antes que nada

Los dioses hablan al sol y al aroma de los jacintos.

ALBERT CAMUS

En 1954 aparecía en Madrid y por primera vez en España, una edición de las obras completas¹ de Lorca, recopilación y notas de Arturo del Hoyo, con un prólogo a la vez iluminador y muy emocionante, y un epílogo de Vicente Aleixandre, *alter ego* del poeta, ambos del grupo de sus mejores amigos. Esta obra, que compré cuando apareció, aquí está desde hace más de cincuenta años, firmada y con la fecha en su portada, precioso testimonio de la adhesión de un lector ferviente hacia el poeta de su predilección. Encuadernada en cuero, es como mi Biblia o mis *Mil y una noches*, y no me ha abandonado nunca, a pesar de las vicisitudes y el caos de la historia.

En 1954 comenzaba la guerra de Argelia y entrábamos a la universidad. En Argel, la librería Verdaderas Riquezas nos alimentaba con hermosos y buenos libros, y su dueño, el valeroso librero-editor Edmond Charlot, había dado a conocer algunos años atrás, por iniciativa de su autor predilecto, Albert Camus, la primera traducción al francés de poemas de Lorca por la pluma de un joven “monté” de Orán, André Belamich, que traduciría más adelante toda la obra de Federico García Lorca. Él fue, en efecto, el autor de dos preciosos volúmenes de *Oeuvres complètes* de Lorca en La Pléiade.

El nombre de Lorca, en Argel, estaba estrechamente ligado al de Albert Camus. El editor Charlot, como una prueba, logró un golpe maestro con unos cientos de ejemplares de *Rebelión en Asturias*, una obra de teatro colectiva basada en la crisis más grande que conoció España, dos años antes de que se desencadenara la Guerra Civil, cuando la derecha acababa de ganar las elecciones y pretendía borrar los logros del Frente Popular de la Segunda República. Se trataba de una pieza militante, que le debía mucho a las ideas de Lorca, que se había dedicado poco antes a la creación del teatro que denominó “de la arena”, a través del que llamaba activamente al público a participar de la representación, imaginando un teatro popular auténtico y comprometido. Camus fue censurado y su pieza, prohibida por el Gobierno General de Argelia. Pero Edmond Charlot, el editor de la pieza, no se desanimó y puso a Albert Camus a dirigir una revista que acababa de crear, *Rivages*, cuyo tercer número, en 1939, estuvo dedicado a Federico García Lorca.² Sobre esas huellas Camus creó la colección “Poesía y Teatro”, y confió entonces a Félix Gattegno esta primera traducción al francés del *Romancero gitano*, que apareció en 1941. Enseguida André Belamich, un hombre joven al que había conocido en esta ciudad en la que situaría la acción de su novela *La peste* –y donde él dictaba clases en una escuela privada para los niños judíos a los que el régimen de Vichy había expulsado de sus escuelas–, tomaría el relevo y traduciría para Gallimard la casi totalidad de la obra del poeta y dramaturgo español.

Y nosotros, jóvenes hispanistas, alumnos de un ardiente lorquiano al que quiero recordar aquí, Charles Marcilly, lo leímos, lo escandimos y lo amamos, “cantando sus versos nos maravillamos” de la actitud de Antoñito el Camborio, el orgulloso gitano

que iba a Sevilla a ver los toros, o de las tres morillas que sembraban el amor en Jaén. Tantos años después, el verbo de Lorca sigue seduciendo, su fascinante voz, su impresionante obra. Nunca hemos dejado de leerlo, de hacerlo leer y comprender, y de amarlo. Sí, más de un siglo después de su nacimiento y setenta años de su desaparición, Federico está inmensamente presente.

NOTAS

- ¹ Federico García Lorca, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1954.
- ² Federico García Lorca, *Romancero gitan*, trad. Felix Gattegnó, Alger, Charlot, 1941.





Hablar de Federico

*Gerineldo, Gerineldo,
paje del rey más querido.*

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL,
Flor nueva de romances viejos

Escribir sobre García Lorca, hablar de Lorca, es de entrada asumir un posible malentendido.

He aquí un hombre joven, encantador, espontáneo, turbulento, hablador y ruidoso, que vive rodeado de un círculo de amigos atentos, en el que él brilla y sobresale. Tiene todos los dones: recita sus poemas, escande los de otros —y será, sobre los tablados de su Barraca, el inolvidable recitador de “La tierra de Alvargonzález”, de Antonio Machado—, toca maravillosamente el piano para el que resucita viejas melodías españolas, toca también la guitarra, es un artista completo: pinta, dibuja, declama y canta, es un poeta. También es hermoso, a pesar de su caminar vacilante, sus párpados pesados, sus labios gruesos, su mirada encendida, su voz ronca. Juraríamos ver pasar al caballero de Olmedo en su jaca negra, vivaz caballero prometido con la muerte, como lo ha cantado Lope de Vega, y representado Federico: porque si bien está tan bien dotado, tan rico en promesas, va a morir. Ha muerto, tenía treinta y ocho años, fue una de las primeras víctimas de la Guerra Civil. Un poeta asesinado.

Pero el malentendido consiste, además, en que García Lorca, poeta secreto, voz sorda hablando desde una máscara, estuvo obsesionado por la muerte: la suya propia, que vivió proféticamente, como una visión luminosa:

*¡Ay que la muerte me espera
Antes de llegar a Córdoba!*¹

¿Se ha equivocado de ciudad? La muerte lo golpeó no lejos de allí, al pie de la Alhambra y de sus murallas rojizas. Su muerte andaluza se ha confundido más de una vez. Esta falsa levedad de luciérnaga, ese descuido de la mariposa quemándose las alas, su risa que resonaba por todas partes, asombrando a las gargantas, penetrando en los corazones. Esta orilla gitana que ha disfrazado de oriental, ese gnomo convertido en duende que crea convertido en sortilegios y romances. Borges, que estaba en las antípodas –Buenos Aires versus Granada– lo calificó maliciosamente de “andaluz profesional”. No había advertido –peor para él– la enorme voz que resonaría en Harlem entregándole al mundo, con su *Poeta en Nueva York*, uno de los mayores textos del surrealismo, y abrió a la escena con *El público* y *Así que pasen cinco años*, un “teatro de lo imposible” a partir de sí mismo, el abanico de sus frustraciones, su mirada de solitario. Córdoba lejana y sola..., Federico lejano y solo. Qué difícil de alcanzar, atraparle en su carrera, tocar su sombra impalpable, fantasma entre sombríos mirtos que no deja de aparecerse, desde esa adolescencia lejana, donde nuestras pasiones, sí, nuestro torso azafranado enrulando nuestros mechones para gustarle más allá de la muerte, nosotros que lo hemos leído a los veinte años bajo la máscara de Rimbaud.

Federico se miraba al espejo y no se veía. Se buscaba detrás de esa imagen y se desesperaba de no encontrar nada cuando los otros celebraban al mago, al narrador, al músico. Federico buscaba a ese doble inaccesible, su gemelo imposible, a la caza de una amistad pintada como un juego de la oca a lo Dalí, del que nunca alcanzamos la última casilla. No hay poesía más fúnebre y más sombría, bajo el aparente sortilegio de los sonidos, el impulso de las cadencias, las imágenes y las piruetas. Tenía algo de nuestro Max Jacob, fuego alocado destruido por lo Infame.

También escuchamos de sus labios inefables rondas, coplillas arcaicas, cuplés de antaño, desde “Tres morillas de Jaén” o su “De los cuatro muleros” hasta la danza del Cristo negro –en realidad un paso del Cristo en la procesión–: “¡Miradlo por dónde viene! ¡Miradlo por dónde va!”. Pero a veces también lo irritaban estas futilidades: ¡oh, poeta infantil, clamaba entonces, rompe entonces tu reloj! Porque el tiempo no pasaba, clavando suavemente sus colmillos. Y el Salvador –¿Salvador Dalí?– se balancea en sus brazos como una muñeca egipcia y maquillada. Este adolescente oscuro, en su búsqueda de una madurez inaccesible, era un muchacho herido, suplicando placer, suplicando deseo, como suplican los chicos del último banco, dirá al acordarse de su difícil escolaridad. En cuando a la mujer, ella es distante y misteriosa, tal como Margarita Xirgu que fue su voz en la escena, o la Argentinita, para la que escribió *El maleficio de la mariposa*, mujer y estrella, encaramadas sobre las tablas o los altares, sin embargo mujer de carne, a quien le dirá “no me muestres tu fresca cintura”. Pues Federico prefiere otras imágenes –espiga, espada, nardo, magnolia, clavel viril– precipitadas en ese ojo acuchillado del poeta que se convertirá en la imagen principal del cineasta Luis Buñuel, su amigo, su

ingrato compañero de ruta, que se burlará de él o lo denigrará en *Un perro andaluz*, ese filme creado con la complicidad de Dalí.

Lorca, este andaluz que conoció la inmensa popularidad de las voces claras, repetido de boca en boca, celebrado de mesa en mesa, triunfante en todos los escenarios, estaba un poco cansado de esta “gitanería” a veces ostentosa, este mito del cual él llegó al límite, vestuario y bestiario que utilizó con la finalidad de expresar sus fantasmas, sus demonios, esos monstruos engendrados en el sueño de su razón.

Solamente los márgenes lo atrapaban, la poesía era para él como un recorrido por tierra extranjera del cual traería, tras el fulgurante éxtasis, hermosas piedras blancas, sus poemas, a los que calificaba entonces como relatos de viaje. Eso fue entonces para él Harlem, Cuba, Nueva York, tierras de negros y de judíos, y tanto peor también –o tanto mejor– si este gitano supo atrapar las miradas por su piel morena de verde luna. Para García Lorca también Salvador Dalí valía el viaje. Y Walt Whitman, ese “Adán primordial” al que admiraba, e Ignacio Sánchez Mejías, el hombre de la espada llameante y el perfil romano. Pero su compañero más fiel fue aquel otro que era él mismo, deseando vivir, escribía, con ese muchacho oscuro que quería arrancarse el corazón en el medio del mar, con ese doble condenado que lo atraía hacia lo ineluctable y al cual acariciaba, sin luz ya para la muerte.

Lorca, para nosotros, no será solamente la voz de esa Andalucía que él vivió menos como lugar de alegría y liberación que como tierra de melancolía, esas arenas blancas del sur que reclaman blancas camelias, pues él supo imponer, bajo los oropeles, bajo los dominós, el sello de su diferencia, de su multiplicidad, de su dilema, de sus máscaras dolorosas, chocándose con ellas cada

nuevo día, él, que soñaba, en su nave española, en su barco ebrio, con “noche que vierte nieves derretidas”.

Si Picasso no pudo limitarse al esbozo de una plaza de toros, o a los matices de un mantón de manila, a la sonrisa triste de un *clown* o al sabor de los churros malagueños, Lorca tampoco es el poeta de la fiesta gitana o de las noches en los jardines de España, de los sortilegios de un Manuel de Falla –andaluz de Cádiz instalado en Granada en 1920, en una de esas casas blancas en las alturas a la que llaman *Carmen*–, su amigable hermano mayor. Él fue también el cantor de la “vida breve”. O quizás, ante todo, del ser mutilado. Cuántas imágenes tenemos, dibujos o poemas, del poeta de las manos cortadas, atravesado por dardos, que se ve como un hombre sin brazos, tronco sin ramas, perdido entre la multitud. Proyectando, bajo el halo de Apollinaire, la imagen de un cuello cortado, sangrante y solitario. O, en la amargura de lo incumplido, lamentándose de la ignorancia estereotipada de un amante mediocre y de los límites de fuego de su torso. Pues si bien su vientre no era plano, sí lo era su torso. De allí su predilección por las amables flechas de san Sebastián, en impasible éxtasis, y por la imagen martirizada de santa Eulalia, cuyos senos aparecen cortados, sobre una bandeja, en el cuadro de Zurbarán, mientras que su sexo tiembla, enredado como un pájaro en los espinos. El erotismo de Lorca, omnipresente, alcanza siempre su más alta expresión en una belleza enceguecedora. Pero también, incompleto como hombre y sin descendencia, he ahí a *Yerma*, hembra estéril, identificándose en su esterilidad y lamentándose de su vientre infecundo; o como la soltera Rosita, condenada al celibato, o persiguiendo el encierro de las hijas de Bernarda Alba, cuya vestimenta huele a azufre y a cenizas. Y

Sodoma, finalmente, cuya destrucción y sus fastos deletéreos no tuvo tiempo de describir –era su último proyecto teatral–, ya que sus llamas fueron dirigidas a quien se definía no como un hombre o ni siquiera como un poeta, sino como una pulsión herida que sondea las cosas desde un costado opuesto.

Federico está definitivamente en la otra orilla. Ha alcanzado el fondo de aquellos pozos de tinta que poblaban su sueño, gredosos, viscosos, como vomitado del mundo y volviendo al hueco matricial, llenando finalmente, como lo quería, y lo sabía, su corazón de espuma. Pero al mismo tiempo, seguro de su gloria y del fuego que sostenía en sus manos, como un Prometeo o vigía luminoso, negando el silencio de su voz y proclamando ante el mundo que no ha muerto asesinado, y que ha sido siempre y siempre será, en las risas y en los juegos, bajo los cantos y las flechas, en el *Sol y sombra* de la arena sangrante, la sombra inmensa de sus lágrimas.

NOTAS

¹ Federico García Lorca, *Obras completas, op. cit.*, “Canción del jinete”.